

CAPITULO XV

De la caída del reino del Perú, con todos los Reyes que aquella gente tuvo, hasta que se incorporó en la corona de los Reyes de España, como hoy lo vemos.

El undécimo Rey Inga del Perú fué Guaynacap; este Príncipe en su vejez tuvo noticia de nuestros españoles que habian llegado por mar á la costa de sus reinos, él sabiéndolo, quiso informarse de qué gente era y qué queria, y respondiéndolo Francisco Pizarro que querian oro, él les envió cierta cantidad de ello, pero cuando los indios volvieron con el oro á la costa, ya los españoles eran partidos.

En este medio murió el Inga, y según se

dice, avisó á sus hijos que tuviesen paz y amistad con los barbudos y hombres blancos.

Si esto fué así ó no, yo no lo tengo de determinar aquí, porque no escribo la historia destas gentes, mas su caída.

Este Rey dejó dos hijos, en los cuales dividió su grande y extendido reino.

El uno dellos y el mayor se llamaba Guascar, el segundo Atapalipa, mas como el mandar no sufra compañero ni igual, luego Guascar quiso hacer guerra al menor hermano, porque decia que el reino era suyo, ó á lo menos ciertas provincias, que á él le importaban mucho. Y así como lo pensó, así lo puso por obra, y juntando infinitas gentes, peleó con Atapalipa y le prendió y venció su ejército, y teniéndolo preso, mientras los ejércitos celebraban la victoria con grandes comidas y bebidas, él rompió una pared gruesísima con unas grandes barras de plata y cobre que le dió una mujer, y así huyó y llegado en sus tierras, juntó sus gentes y capitanes é hizoles una ordenada plática en la cual les pintó un gran milagro que el Sol habia hecho con él, y fué que lo habia tornado culebra y lo sacó por un agujero muy estrecho, y que le habia prometido la victoria, si salia á pelear, y así les pintó cómo habia sido

maltratado y afrentado y puesto en prisión.

Esto les dijo con tan buen semblante y demostración de tristeza, que todos se conmovieron á piedad y á furor para vengar la injuria de su Rey. Era Atapalipa de su natural valiente y animoso, y sobremanera liberal, que es lo que suele poner esfuerzo y ánimo á los guerreros, de manera que con lo que les dijo y con la buena opinión que tenían dél, prometieron de servirle fielmente.

Visto por Atapalipa cuán fieles hallaba á sus vasallos, juntó grandes ejércitos, porque lo podía hacer facilísimamente, y teniendo capitanes valerosos y de industria, fué en busca de su hermano y más enemigo, y presentándole la batalla, el otro que no la rehuyó, el Atapalipa salió al cabo vencedor, pelearon otras dos ó tres veces, y venció también, de manera que Guascar llevaba cada día lo peor.

Atapalipa con todo eso no se aseguraba hasta ver en su poder al enemigo, y así rehizo de nuevo el ejército y envió sus capitanes que peleasen de nuevo, y que muerto ó preso, no voliesen sin él.

Y así fué que le prendieron y trajeron en presencia de Atapalipa, y él lo mató, y así se aseguró del hermano, y no miró que tenía otros

crueles enemigos y mayores que su hermano.

Al tiempo que andaban en estas contiendas llegaron Francisco Pizarro y otro su hermano, y después fueron tres, que se llamaron Gonzalo y Francisco Pizarro, los más malos hombres que salieron de otra alguna nación, y más deshonra ganaron los Reyes de España con ellos y sus compañeros, que lo que se les interesa de tan grandes reinos, porque por ellos se han dicho muchas cosas entre grandés letrados y hombres de conciencia, pero dejando esto aparte, como llegase Francisco Pizarro á este tiempo en el Perú, vino á ver á Atapalipa, y luego comenzaron los nuestros á mostrar gran soberbia contra un poderosísimo Rey y á tenerle tan poco respeto que llegó con la boca del caballo un mal español junto con la del Rey, y levantándose una sedición breve, vino á ser una cruel guerra y á prender el Rey sin más ni más y porque llegase la maldad á lo último, echaronle en una cadena.

Cuando el Inga Atapalipa se vió así, como era de gran corazón y nobilísimo, sintió mucho aquella afrenta y dijo que lo tratasen bien y prometió un gran rescate, y como no lo cumplió como ellos quisieran (como si á ello fuera obligado) se procedió contra él con todo rigor

y le amenazaron y trataron mal, y al fin fué muérto; pero la causa es bien que se sepa, pues tratamos de la caída de un potentísimo reino, sin escribir historia ordenada y larga, y fué desta manera:

Un esclavo llamado Philippillo, que era intérprete de nuestra gente para con ellos, enamoróse de una de las mujeres del Rey Atapalipa y ella como mala, queriendo anteponer un esclavo al gran Rey, dijo que se casaría con él si mataban al Rey ó moría.

El traidor del esclavo, preso de la pasión, determinó de levantar un falso testimonio al Rey Atapalipa, y púdolo hacer facilmente, por ser él la lengua entre aquella gente y la nuestra, y fué que dijo que habia oido tratar á los Indios entre sí, que matasen á los cristianos y que el Rey Atapalipa juntaba de secreto grandes ejércitos.

Esto comenzó luego á tratarse entre pocos, y después se supo por todo el ejército cristiano; por lo cual, creyendo ser así, unos decían que matasen á Atapalipa, porque así se asegurasen, otros decían que lo enviasen á España (como si fuera vasallo del Rey) porque era caer en mal caso matar á tan gran Rey, aunque tuviese culpa.

En fin, los avarientos, codiciosos del oro, daban priesa á que muriese, porque decían que mientras viviese Atapalipa, nunca gozarian del oro, y riquezas que habia en aquella tierra.

El traidor de Pizarro, ó por codicia, ó por tener mejor ocasión de ganar la tierra y estar más seguro, determinó matarle y para esto formó proceso contra él (como si le hubieran señalado por juez el Papa ó Emperador para conocer de su causa) y acusáronle la muerte de Guascar su hermano, que también, como está visto, era rey de la tierra, y probáronle que habia querido matar los españoles.

Mas esta cosa averiguada fué que mentian todos, porque aquel siervo Philippillo inventó esta maldad como siervo, porque al tiempo que los indios eran interrogados, si sabian algo, diciendo ellos que no respondia como intérprete lo que quería y se le antojaba.

Y lo bueno era que nunca se procedió contra él delante de los españoles, sino á solas con aquellos que Pizarro quería.

El Atapalipa negó siempre, diciendo que no cabia en razón tratar cosa que no podía salir con ella, por las muchas guardas y prisiones que le tenían puestas.

Amenazó á Philippillo y recusóle y pidió que

no le creyesen, mas no le aprovechó nada, y así lo sentenciaron á muerte.

Y él oyendo la sentencia se quejó mucho de Francisco Pizarro, que, habiéndole prometido de soltarlo por rescate, lo mataba.

Rogóle que le enviase á España, y que no ensangrentase sus manos y fama, en quien jamás le ofendió, y habia hecho rico.

Cuando lo llevaban á justiciar pidió el bautismo, por consejo de los que le iban consolando, porque de otra manera estaba sentenciado á quemar vivo.

Bautizáronlo y ahogáronlo en un palo como á malhechor.

¡Señor, tú que miras de las alturas todas las cosas, mira agora qué ejemplo nos pusiste delante de los ojos, de las maldades que los hombres cometen!

Tú les darás el castigo que merecen.

Murió Atapalipa con esfuerzo de príncipe, y mandóse llevar á sepultar á la ciudad de Quito, adonde estaban los demás príncipes de donde él venia.

Era este príncipe bien dispuesto, sabio, valiente y muy pulido á su modo.

Castigó Dios porque mató á su hermano, pero mejor título tuvo para matarlo, que no Fran-

cisco Pizarro en matarlo á él, porque lo mesmo hiciera Guascar de Atapalipa, que Atapalipa hizo de Guascar; pero Francisco Pizarro no tenia jurisdicción sobre él, ni el papa Alejandro, ni el Rey don Fernando, ni el Emperador hubieran mandado que entrasen así en la tierra agena, pero Dios castigó tan gran pecado pues el Papa ni el Emperador no quisieron poner remedio, porque un fraile de Santo Domingo, llamado fray Vicente de Valverde, que alteró á los españoles para que matasen los Indios porque habia arrojado Atapalipa la Biblia, ó su breviario, Dios lo castigó ignominiosamente, porque á palos lo mataron, siendo ya Obispo, los mesmos Indios de la isla de Puna.

El Francisco Pizarro ya murió en las manos de sus enemigos y españoles.

Al Juan Pizarro mataron los Indios en el Cuzco.

El Fernando Pizarro, que dicen que no tuvo culpa en la muerte deste Rey, á lo menos Dios lo ha castigado en tantas cosas que no creo le tendria envidia nadie, así castigó Dios á los demás.

El Gonzalo Pizarro murió como traidor, y así acabó la principal gente desta casa.

Y no es menester otro mayor testimonio del
COL. LIB. AMÉRICA.—Tom. XV. 15

castigo que Dios dió á esta gente, sino las palabras que dijo un Pedro de Alvarado, que era de los mismos malos, estando á la muerte, y fué así, que como lo hubiese rebatido un caballo que venia rodando por una cuesta abajo, curandolo después y viendo que se moria preguntábanle que qué le dolía, respondia siempre:

— El alma, el alma.

Este, pues, fué el fin de aquel reino y monarquía, la cual como otro tiempo la de los asirios se pasó á los medos, así se pasó la del Perú á los españoles.

Reyes del Perú.

Los Reyes que yo hallo son estos:

1. Ayarmango.
2. Cinchiroga Inga.
3. Lluchiyupangi.
4. Indimaythacapac.
5. Capacyupangi.
6. Ingaroca Inga.
7. Yaguarguacac Inga.
8. Viracocu Inga.
9. Pachacuticapac Inga Yupangi.
10. Topa Inga Yupangi.
11. Guaynacapa.

12. Guascar y Atapalipa.

Después que fué muerto el Guascar, como dije, reinó en la prisión Atapalipa, y después que se le fué dado garrote infamemente, como á hombre común, por dorar el pecado que habia cometido Francisco Pizarro, dió el reino (como si él fuera señor) á Mango, hermano de Atapalipa, y fué el treceno Rey de los Indios del Perú; acabóse éste é incorporóse el reino en la corona real de los Reyes de España, y sucedió en el reino, el Rey don Carlos Rey de España y Emperador de Alemania, y fué el 14 Rey del Perú, y el 15, es el cristianísimo Rey don Felipe II, de los así llamados, cuya vida nuestro Señor prospere por largos años, porque verdaderamente si alguno ha tenido algún buen derecho al reino es él, por el gran cuidado que tiene de que se predique el Santo Evangelio, y de enviar hombres de mucha santidad por prelados y jueces rectos, y en fin, vemos que ya no hay quien se atreva á usar de tiranías, ni robos, porque luego son castigados, y por esto vemos que los Indios, cuya es la tierra justamente y no nuestra, son bien tratados y favorecidos de su Rey señor natural.

Fin de la República Indica.

NOTA

En la siguiente hoja puede verse fielmente reproducida la marca que usó el célebre impresor de Medina, Francisco del Canto, que también en hoja suelta se halla en la primera edición de que nos hemos servido para reimprimir esta obra.

